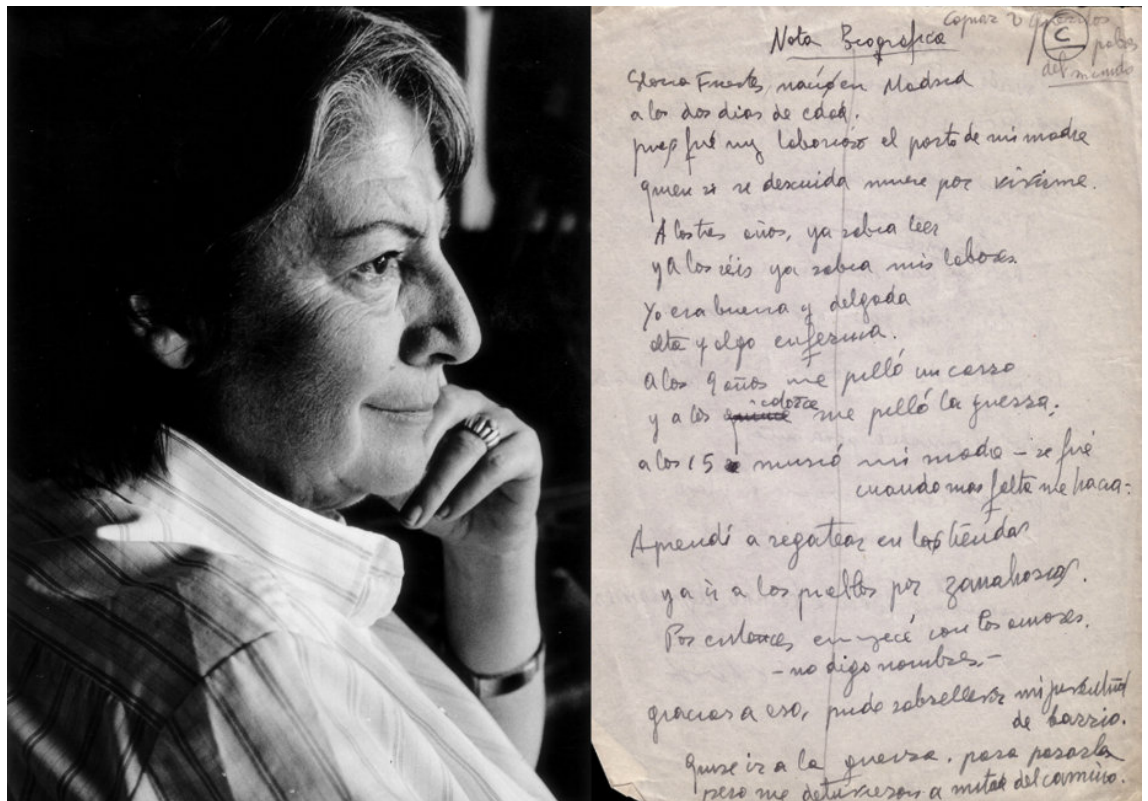


Esbozo de Gloria Fuertes, la simpatía sin fin.

Sebastián Gámez Millán

Doloridamente vital, inocente como un animal, tierna hasta el desgarrar, payasa, cómica, juguetona siempre, solitaria y abrazada a cualquiera, humanísima, rebelde, transgresora, luz a punto de resplandecer en mitad de la noche oscura o en medio de la mediocridad cotidiana del franquismo, así era Gloria Fuertes (1917-1998), de quien ahora se celebra el centenario de su nacimiento entre elogios y críticas. Merecidas o innmerecidas, es siempre una buena oportunidad para leerla o releerla y que cada uno saque sus conclusiones.



Tengo para mí que una vivencia puede esclarecer más el carácter de un ser que toda una biografía, porque la vivencia puede ser fruto de una elección, la vida posiblemente no. Gloria Fuertes posee no pocas vivencias de esta singularidad. Después

de la muerte en 1971 de la que fuera su gran amor y compañera durante unos veinte años, la hispanista norteamericana Phyllis Burrows Turnbull, Gloria Fuertes quedó sumida en un pozo sin fondo del que procuraba salir con alcohol, fiestas y otras formas de evasión y olvido, hasta que un día, desesperada, “fui al metro decidida a matarme, pero al ir a sacar el billete ligué, y en vez de tirarme al tren me tiré a la taquillera”.

Siendo aún relativamente joven, con bastante vida por delante, nos dejó una semblanza que la refleja certeramente, con su lenguaje coloquial y popular, con sus giros inesperados y humorísticos, con su simpatía sin fin:

“Nota biográfica

Gloria Fuertes nació en Madrid
a los dos días de edad,
pues fue muy laborioso el parto de mi madre
que si se descuida muere por vivirme.
A los tres años ya sabía leer
y a los seis ya sabía mis labores.
Yo era buena y delgada,
alta y algo enferma.
A los nueve años me pilló un carro
y a los catorce me pilló la guerra;
a los quince se murió mi madre, se fue cuando más falta me hacía.

Aprendí a regatear en las tiendas
y a ir a los pueblos por zanahorias.
Por entonces empecé con los amores
—no digo nombres—,
gracias a eso, pude sobrellevar mi juventud de barrio.
Quise ir a la guerra, para pararla,
pero me detuvieron a mitad del camino.
Luego me salió una oficina,
donde trabajo como si fuera tonta
—pero Dios y el botones saben que no lo soy—.

Escribo por las noches
y voy al campo mucho.
Todos los míos han muerto hace años
y estoy más sola que yo misma.
He publicado versos en todos los calendarios,
escribo en un periódico de niños,
y quiero comprarme a plazos una flor natural
como las que le dan a Pemán algunas veces”.



Cuando te nombran...

Cuando te nombran,
me roban un poquito de tu nombre;
parece mentira
que media docena de letras digan tanto.
Mi locura sería deshacer las murallas con tu nombre,
iría pintando todas las paredes,
no quedaría un pozo
sin que yo asomara
para decir tu nombre,
ni montaña de piedra
donde yo no gritara
enseñándole al eco
tus seis letras distintas.

Mi locura sería
enseñar a las aves a cantarlo,
enseñar a los peces a beberlo,
enseñar a los hombres que no hay nada
como volverme loco y repetir tu nombre.

Mi locura sería olvidarme de todo,
de las 22 letras restantes, de los números,
de los libros leídos, de los versos creados.
Saludar con tu nombre.
Pedir pan con tu nombre.
- siempre dice lo mismo- dirían a mi paso,
y yo, tan orgullosa, tan feliz, tan campante.
Y me iré al otro mundo con tu nombre en la boca,
a todas las preguntas responderé tu nombre
- los jueces y los santos no van a entender nada-,
Dios me condenaría a decirlo sin parar para siempre.

Siempre hay alguien

Quitaros esa máscara,
la tristeza no es más que una careta,
puede durar tanto como tardes en quitártela tú mismo,
prueba.

Estás provocándote llanto artificial, hermano;
he dicho hermano y debí decir amante.
Nos cogemos las manos y no decimos que se siente nada.
Poco a poco se va mezclando nuestra sangre en los
encuentros.

Un buen día acabaremos por ser la misma cosa.
Libres somos.

Frecuentamos el dolor porque queremos,
como pudiéramos frecuentar el parque.

Hablamos de mutuas soledades,
hablamos de aventuras que tuvimos,
de que todo está lejos,
de que es difícil.

Y nunca hablamos de esto maravilloso que nos va
convirtiendo en ranas.

Quién dijo que la melancolía es elegante?

Quitaros esa máscara de tristeza,
siempre hay motivo para cantar,
para alabar al santísimo misterio,
no seamos cobardes,
corramos a decírselo a quien sea,
siempre hay alguien que amamos y nos ama.